

# ANATOMÍA de una explosión

## La OTAN instruye en Hoyo de Manzanares a los militares y policías de sus equipos CSI

**E**S un artefacto casero». Lejos todavía del lugar de los hechos, la densa columna de humo blanco tras la deflagración delata el tipo de explosivo que se ha utilizado en el atentado: «ANFO, mezcla de nitrato amónico y fuel-oil», coinciden en su primera impresión los componentes del equipo de investigadores: un capitán austriaco, líder del grupo y supervisor de campo; un capitán de Infantería de Marina español y fotógrafo policial; un sargento primero holandés, recolector de evidencias; y otro sargento primero, también español, del Ejército de Tierra, escribiente y dibujante.

Los cuatro militares formulan su diagnóstico unánime mientras se enfundan los guantes de látex y se ajustan la máscara de protección respiratoria, de uso obligatorio en la escena del crimen para recoger cualquier muestra biológica —de sangre, huellas, ADN...— u otra clase de evidencia física que permita, una vez analizadas, aclarar las circunstancias del ataque y poner cara a los autores.

«De tratarse de un explosivo comercial o militar, la humareda hubiera sido negra», explica el capitán Juan Manuel Mancilla, director del curso *Weapons Intelligence Team* (WIT), que de manera alternativa se imparte en Es-

paña, Holanda y Hungría desde 2011. Su última edición tuvo lugar el pasado mes de mayo en el Centro de Excelencia contra Artefactos Explosivos Improvisados (IED) de la OTAN en Hoyo de Manzanares (Madrid). Los 19 alumnos formados en sus instalaciones —entre los que se incluyen los componentes del equipo anteriormente mencionado— forman ya parte de la nómina de 446 especialistas de 31 naciones identificados con el acrónimo inglés de *Crime Scene Investigation*, lo que les convierte en los «CSI» de la Alianza en zona de operaciones.

«Humo blanco, humo negro», repite el capitán Mancilla, protegido tras el cristal blindado del bunker, al escuchar el sonido hueco de la última de las cinco acciones hostiles que se han simulado contra tres vehículos militares y dos patrullas a pie, respectivamente.



En la fase práctica se activaron cargas explosivas de entre 4 y 10 kilos de peso, muy inferiores a los 300 que llegan a utilizarse en ataques terroristas.



Poco después, sobre un terreno horadado de cráteres y sembrado de restos de la explosión, comienza el trabajo de campo para los 19 alumnos de Austria, España, Holanda, Irlanda, Rumania y Suecia. Divididos en equipos multinacionales de militares y policías, «deben averiguar cómo se ha iniciado la explosión, qué tipo de carga principal se ha utilizado, cuál era el objetivo del enemigo y cómo solucionar este tipo de ataques», explica el capitán Mancilla. Es la prueba a la que se enfrentan los alumnos del WIT antes de convertirse en personal CSI del primero de los tres niveles en los que se divide la investigación forense tras un incidente IED.

«Nosotros formamos el nivel uno», dice el director del curso. Son el equipo que trabaja sobre el terreno recogiendo evidencias para alimentar el nivel dos, que es el laboratorio de análisis que se despliega en zona de operaciones. Cuando los medios tecnológicos empleados en el lugar de los hechos no son suficientes para obtener los resultados





Al llegar al lugar de los hechos, los equipos de investigadores marcan el área donde se produjo la explosión. A continuación, cada uno de sus miembros se encarga de un cometido concreto, como la realización de fotografías o la recogida de muestras.



deseados, las muestras se reenvían a centros especializados ubicados en determinados países aliados. «Es el nivel tres», indica Mancilla.

Los equipos que actúan en el escenario del ataque están formados por cuatro especialistas: uno en IED, otro en inteligencia —conocedor de la insurgencia y de sus procedimientos en este tipo de acciones—, otro en operaciones —para cubrir el aspecto táctico de las fuerzas propias— y otro en biometría,

encargado de la recogida de huellas dactilares o muestras de ADN, entre otras pruebas físicas. Las evidencias se fotografían antes de retirarlas de la escena del crimen, se señala su ubicación en un plano y, a continuación, son introducidas en bolsas perfectamente selladas y etiquetadas. El agente policial es, además, responsable de la cadena de custodia, es decir, el garante de que las pruebas no sean manipuladas desde la recogida hasta su análisis.

## CONTRARRELOJ

A diferencia de sus homónimos policiales, que pueden permanecer días o semanas desplegados en la zona del atentado, los CSI militares trabajan en ambientes «no permisivos». En zona de operaciones, el tiempo para la recogida de evidencias se reduce a 20 minutos, «o, como mucho, una hora siempre que no se esté expuesto a las acciones del enemigo», indica el subinspector Francisco Javier Avis, del Cuerpo Nacional de Policía, uno de los diez instructores del último curso WIT, junto a otros agentes europeos y del FBI, además del personal militar.

Tras las recogida de las evidencias, el CSI militar dispone de 12 horas como máximo para elaborar un estudio inmediato para el mando y las oficinas de inteligencia y de operaciones de la fuerza. «Después emitimos el informe técnico, táctico y biométrico de nivel uno con nuestras propias conclusiones que, junto a las evidencias, se envían al laboratorio y que, dependiendo de la prioridad con la que se clasifique el incidente —roja, ámbar o verde—, se lleva a cabo en uno, tres o siete días, respectivamente», señala el director del último curso WIT.

En su fase práctica se detonaron cinco bombas artesanas, por radio control o activadas por las propias víctimas, fabricadas algunas con munición de mortero de 80, 105 o 120 milímetros reforzada con tornillería, y otras con componentes no militares, como el ANFO, de uso frecuente por la insurgencia en Afganistán. Fue en el país asiático donde la Alianza Atlántica se planteó la necesidad de formar especialistas forenses para investigar los ataques con artefactos explosivos improvisados.

Solo en 2014 se registraron en el mundo más de 24.000 incidentes relacionados con IED causando la muerte de más de 51.000 personas, no solo en Afganistán, también en Irak o en algunos países centroafricanos donde se encuentran desplegadas las fuerzas aliadas, y sobre todo en Siria, Libia e, incluso, Colombia.

J.L. Expósito  
Fotos: Pepe Díaz